

cionaria del pueblo que lo lleva en su sangre. Indiferente a la muerte o a la vida, resultados equivalentes de la pelea, su símbolo es la pata ancha y las espaldas recostadas en el caballo. Con la daga en la mano, se revuelve en el corazón del pajonal entre un ruido de sables que se estorban entre sí, en el deseo medio muerto de matar este símbolo. A la madrugada, herido y vivo, el gaucho —todos nosotros— reza un bendito ante la pila de muertos por su brazo, y sale al trote, que es el paso más solemne de los caballos, rumbo al desierto. La tristeza sin lágrimas del que ha matado a muchos, se tinte un poco, en la perspectiva larga de la mañana que nace, con aquella otra tristeza ya lejana, cuando cruzó la frontera de la vida.

Y cuando la habían cruzado
una madrugada clara,
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones
y a Fierro dos lagrimones
le corrieron por la cara...

Hace unos días, en el curso de un viaje, nos tocó pasar dos horas en Buenos Aires, en el aeropuerto Pistarini. No sé por qué se mezcla esa escena ahora con la vejez de Martín Fierro y con la ausencia de facones que se levanten contra todos los sables en el fondo de los pajonales.

Martín Fierro está viejo. Los que hemos visto algunas veces su solemne tristeza, su dignidad de harapiiento y la firmeza del cinto donde sostiene el facón, lo sabemos el símbolo de un pasado. Pero también, a hachazos, el símbolo de un mañana que por desgracia se demora mucho. ¡Más todavía que ese pasado todavía bendito, bendito sea ese mañana!

23 de enero de 1953

Fantasma tímida

Cuando apareció, allá por 1948, el primer libro de WIMPI, titulado "Los cuentos de don Claudio Machín", yo estuve más de una semana con él en la mano, llevándolo a todas partes y leyéndolo hasta a los desconocidos en las esquinas. Lo inesperado de aquella genialidad del libro, que recogía, con un vigor nuevo y absoluto, la vieja y mentirosa gracia de nuestros fogones, la deliberada exageración del gaucho que a nadie pretende engañar y sí sólo divertir, restallaba para mí en cada página. Yo leía en voz alta al que se me pusiera delante y sentía que el humor de los ranchos, tan distinto al humor de las aceras asfaltadas, se salvaba con aquel libro, del olvido. Y de ahí que lo apretara en la mano, lo abriera en cualquier parte, y no me resignara a leerle un pedazo a todo el que se me cruzara por delante.

—Oiga! —decía yo— Qué me cuenta de esto?

Y leía. Leía por ejemplo el diálogo siguiente:

“Saca la daga Parmeni6n Gularte, pero... qué! El negro Calengo ya lo estaba esperando con las boleadoras prontas. A raya en el trillo, él. Y en cuanto Parmeni6n quiso topar, el negro agarr6 un ramal de las boleadoras con una mano; otro, con la otra; otro, con la otra y...

“—Pero... cuántas manos tenía el negro?

“—Abirigüe.

“—Y es lo que estoy haciendo.

“—Entonces, pa qué pregunta?”

Y a los nueve tipos de cada diez que mordían la gracia, asomándoseles un brillo en los ojos, les continuaba libro arriba, leyendo un cuento de Claudio Machin atrás de otro. El del “MAL ARMADO”, por ejemplo. Baudilio Piñ6n. Que se subió a un eucalipto con el serrucho y “se pone a serruchar justo la rama en la que se había montado”. “Un de repente se oy6 un crujido, sale la mujer de las casas y lo encuentra desparramado abajo el eucalipto. Llama la mujer al gurí a los gritos, y el gurí agarra el caballo y corre a buscar doctor”.

“Que cuando vino el doctor, no sabía por dónde empezar. Nervioso él. Cose acá, cose allá. Fumando y haciéndose cebar mate.

“—Si no lo armamos en caliente, nu'hay salvamento.

“Pero resulta que con el apuro, le peg6 la pierna al revés a Baudilio. Con el tal6n para adelante.

“Que después que lo dejaron levantar, nunca más pudo andar a pie.

“Porque daba un paso con la pierna que tenía al derecho e iba para adelante, pero cuando daba el otro paso con la pierna que tenía al revés, reculaba.

“Y siempre estaba en el mismo lado”.

O si no, el del “Hijo e'la Zenona”, que era lobis6n:

“—Pa hombre tranquilo, Ataliva Castromán —entena6 del viejo Palomino que curaba con secretos—, que en una ocasi6n le dijo el secreto equivocado a la mujer de Timoteo Vilaza, que estaba sana, y Timoteo Vilaza lo corri6 con un rastrillo. Güeno: tranquilo, Ataliva... pah!

“Resulta que un viernes de noche, se encuentra en el Paso del Güey con tremendo perro. Andaba a pie, Ataliva, porque tenía el caballo amolado. Un zaino bragado. Tosterilla. Marchador.

"Tremendo perro se le aparece. Pero él ni se asustó ni nada

"—Chico, chico... —va y le dice.

"Y el perro, entonces, se le arrimó y le preguntó:

"—No me conoce, don Castromán?

"—Era lo que estaba pensando: yo a ujté lo tengo visto en algún otro lao, pero áura no ricuerdo.

"—Soy el hijo e'la Zenona, que ujté tuvo en los brazo, don Castromán.

"En efecto: resultó que el perro era el séptimo hijo varón de la Zenona Araújo, casado con Palmiro Ferrúa. Y había salido lobisón

"Se hicieron intimos amigos con Castromán.

"Todos los viernes se encontraban y salían a caminar despacito. Fumando. Castromán le tomó tanta afición que le dijo de sacar cria con una perra overa que tenía.

"Y el otro le contestó que cómo no; que viniendo de él, cualquier cosa.

"Claro que en viernes...

"Después, los cachorros, en vez de salir a ladrarle a los que pasaban por el callejón, jugaban a la mancha. Y tomaban mate.

"Uno, medio petisón, —que le pusieron Muleque— era loco por remontar cometas".

Literatura

Carlitos Real de Azúa, que dirigía la Sección "Libros" de la Revista "ESCRITURA" —la revista literaria de mejor intención que haya salido en los últimos años en el país, por lo mismo que no tenía ninguna— me pidió que escribiera sobre aquel sensacional libro de WIMPI. Me lo pidió varias veces, pero yo no cumplí entonces con aquel deber. Mi admiración por el libro era demasiado confusa y me había caído encima, por así decirlo, sin darme tiempo a armar las ideas. Yo no hubiera sabido decir qué era lo admirable de aquello tan admirable, y no escribí nada. WIMPI, por otra parte, era ya el famoso WIMPI, oído por todo el mundo aquí y en la Argentina, popular en todos los cafés y boliches, en todas las estaciones radiales, en todas las agencias de publicidad y en todo el innumerable mundo que empieza el día escuchando el informativo de las siete y lo termina con el "episodio" de las 22 y 15. Dios mío! Por qué será que siempre, como pasó con Shakespeare salvando las distancias, el pueblo cegatón, ignorante y alegre, reconoce de inmediato a sus autén-

ticos artistas, mientras que las élites, los cultos, los críticos, los eruditos y los que hablan francés (o inglés) se demoran hasta un siglo delante del arte sin darse cuenta de que es arte? WIMPI, que es de los mejores escritores que ha dado el país —en el sentido más serio, solemne y grandilocuente de esa gran palabra "literatura"— no cuenta, sin embargo, para nuestros círculos de letras. Y por eso mi alegría, mi orgullo, al poder decir estas verdades de que WIMPI es un genio.

Y el olvido de hacerlo es doblemente imperdonable, si se considera que WIMPI se mueve en el humorismo, y que el humorismo en este país, desde que se acabaron las guerras civiles y sus epígonos (Julio Herrera y Reissig, Delmira, etc.), es la principal función del espíritu y de la cultura. Con el ilustre Francisco Espinola que marcha a la cabeza, con lanza y poncho, acompañado de su Don Juan el Zorro, que le hace costado hacia la eternidad, nuestra generación tiene el humorismo por sello. Y quien sepa lo que es humorismo en su más hondo sentido, lo sabe

En el corto número del pelotón viene lo más inteligente y grande de la raza. Viene Julio Suárez, Peloduro, con su talento insustituible, que si desapareciera, se disminuiría el mundo. "Pelo" es otro sobre el que habrá que escribir un día de éstos, y que merecería estar sentado en la Academia de Letras, en un sillón con varios escalones más altos que el del Arzobispo. Sí... lo suficientemente alto como para poder hacer dibujitos de "El Pulga" en el techo. Y viene Alfredo Mario Ferreiro, que lleva una vida entera haciendo chistes que, como los poemas de Julio Herrera hace cincuenta años, están por encima de la sociedad que los recibe. Y por lo mismo, el orden en que los cito no es orden de jerarquía —el humorismo es el único reino verdaderamente democrático del espíritu, donde todos saben que valen lo mismo—, viene también, atrás o adelante, Felisberto Hernández, con su gran poesía de humorista en la que el mundo y el alma se retuercen. Y viene Wimpi, haciéndonos chistes y cuentos novisimos que tienen toda la gracia de aquellos que oímos de chicos en una estancia, donde un viejo contaba que cuando los blancos pasaron el Río Negro, él se había ocultado en el fondo del río, y se había pasado dos horas sentado, fumando abajo el agua, hasta que pasó el último de Saravia. Y viene también EL HACHERO, con sus crónicas de fútbol, que valen más que Maracaná, aunque quizás no lo sepan. Y viene Carlos Maggi, cambiándole el nombre a las cosas y escribiendo de metafísica a propósito de los roperos de tres cuerpos. Y —coraje!— vengo yo también, atrás de todos, como Dopey, el enano de Blancanieves, con una linterna en la mano.

El gusano loco

"El tipo —dice WIMPI— sabe mucho más de lo que es capaz de comprender, por lo cual, si bien mira, constituye un caso especial de inflación: el tipo es una inflación unitaria y portátil. Le llama "solucionar" un problema a sustituirlo por otro. Lo único que pudo aprender hasta ahora fue a sacar un clavo con otro clavo más grande. Cada vez que quiso sacarlo con la tenaza, dejó un agujero".

"El tipo", así, a secas —tipo y no Juan González, tipo y no Remigio Paredes o Parmenión Orduña— es el gran personaje impersonal (típico) de "EL GUSANO LOCO", último y recién aparecido libro de WIMPI. Digamos desde ya que no nos gusta tanto este gusano loco como aquel "Los cuentos de Don Claudio Machin". Aunque comprendemos que es tonto decirlo, y que entre las obras de un mismo hombre no hay mejores y peores. Todas son una sola, que se termina cuando el tipo se muere. Lo demás —lo que no es visión global de un alma— siempre nos ha aparecido idiota. Se parece mucho a la mezquina tarea de encontrar defectos a los que son buenos, o a la igualmente mezquina de encontrar virtudes o quienes no lo son... Pero de algún modo, mejorando y sin ofender, queremos decir que hay un WIMPI de pie, que es el de los gauchos con nombre propio: Eulapio Acosta, Tolentino Barraca, Juan de Dios Fredes, que le decían "pelota" porque había vivido a los saltos sin machucarse nunca, y otro WIMPI, que es éste tan erudito en rarezas de las charlas radiotelefónicas con que está compuesto el gusano loco. En realidad hay muchos WIMPIS y todos son buenos. Pero algunas logran una dimensión más definitiva y hacen cosas a las cuales la palabra obra de arte se ciñe como un guante, y las alumbra con un encanto de para siempre.

El gusano loco, en cambio, tiene a este personaje —el tipo— que va, también un Perú. El tipo somos usted, yo, Wimpi mismo, y también Ricardo Plantagenet o Carlos de Orleans. Sí, como la tía puede ser Diana de Polliers o una prima de Alejandro Magno. A todos toca en su libro WIMPI, y para él no son otra cosa que ese impersonal "el tipo" porque los toma en lo que tienen todos de común: el agacharse para atarse un zapato, el hacerse el loco cuando le preguntan lo que no quiere contestar, el tener un esqueleto que le permita jugar a las bochas, o el andar en dos pies, lo mismo si pasea con su hermano que si marcha hacia su oficina o hacia la ventanilla de aguas corrientes a pagar un mes atrasado.

Envío

Pero no era de todo eso de lo que se quería hablar hoy. Sino de WIMPI, príncipe de nuestras letras, verdacero y extraordinario escritor nacional, padre de páginas que habrán de quedar tanto como su esqueleto, ese esqueleto que le permite "al tipo, atarse los zapatos, levantar el nene, lavarse los dientes, mover la cabeza como un sillón de hamaca mecida sobre la articulación, etc.", según ha dicho en "El gusano loco". Donde también agrega que la "máquina de sacar radiografías es una máquina fotográfica que adelanta" y te ofrece, "con alegre ternura, el retrato de algunos años después".

La admiración que siempre he sentido por WIMPI se queda más tranquila ahora que la digo a gritos, públicamente. Hasta en eso de que se haga admirar por nosotros, tenemos que estarle agradecidos a WIMPI. Si: porque en la tarea de admirarlo nos identificamos un poco con las señoras que escuchan episodios, con las fámulas que escuchan a Torro, con los reos que escuchan a Gardel o a la trasmisión del partido del es-

tadio. En suma, admirando a WIMPI nos fundimos un poco más en el alma de todos; somos menos nosotros y más "el tipo"; nos acercamos a Ricardo de Plantagenet y al guardiacivil de la esquina.

Y nos hacemos más humanos y más puros. Sí: matándonos de risa con sus fantasmas que ceban mate en el aire claro del rancho, o con sus mamados que ponderaban el buen andar de la yegua e... iban en bote!

13 de febrero de 1953

El reuma y sus cosas, a propósito de un Congreso

¿Quién no recuerda aquella gracia perdida en no sé cuál de los libros ordinarios de Jardiel Poncel, cuando reflexiona que las enfermedades tienen todos nombres de personajes de la antigüedad?... Así, Sífilis parecería una bailarina, Tuberculosis una pitonisa y Bleno Raggia el nombre de un cardenal renacentista.

Hablando del reumatismo, uno no puede dejar de reflexionar también en que tiene nombre de partido político o escuela artística. Y en que quizás habría que alinearlos junto con los demás, como una más entre esas muchas plagas que constituyen calvario y tumba del hombre moderno. Con una diferencia, claro, a favor del reumatismo. Casi todos los "ismos" aprisionan e inmovilizan el espíritu de los hombres. El reumatismo, en cambio, se limita a paralizar sus miembros, sin extender su garra en modo alguno sobre esa cosa sagrada, inviolable (y tantas veces violada) que es el alma.

De ahí que, aún reconociendo la necesidad de combatirlo, quienes vivimos luchando contra la artritis de la imaginación y la parálisis deformante del sentido moral, no podamos mirar sin alguna benevolencia a este humilde adulón de articulaciones que es el reuma físico...

El reuma suelto

Hay que reconocer, no obstante, que el reumatismo representa para el país (lo ha dicho el Dr. Gaudiano, y en punto a reuma nadie ha osado hasta el presente discutir ninguna aseveración al Dr. Gaudiano) una verdadera lacra. Sobre todo por lo extendido. De cada tres uruguayos, cuatro somos reumáticos y cinco no hacemos nada para curarnos. Como se ve, el reumatismo, entre nosotros, es una enfermedad infinitamente más común que el propio comunismo, el cual debiera ser, de acuerdo con la engañosa propaganda que parece desprenderse de las palabras, la más común de las enfermedades.